

# «¿En qué circunstancias te has sentido verdaderamente amado?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

## 12. La experiencia del don

por Luigi Giussani\*

La comunicación del espíritu de Dios es llamada en la liturgia *donum Dei Altissimi*. No es un darse cuenta humano, una conquista humana, ni siquiera es una previsión humana, y mucho menos un derecho humano: es puro *don*.

Así, pues, la llegada del Espíritu de Dios a nosotros es un puro acontecimiento, una sorpresa total: un don absoluto.

Solo hay algo comparable: la gratuidad abismal de nuestro ser, de nuestra misma existencia.

Pero no sería don una cosa de la que no nos fuese dado su significado. Nosotros no reconoceríamos como don la vida y el universo si no esperásemos la revelación de su sentido.

Así el Espíritu de Pentecostés es el don por excelencia, porque es Él quien nos arrastra adentro del misterio de Cristo, haciéndonos penetrar en la experiencia de esa persona que explica y resuelve toda nuestra realidad. *Fides mundi lumen*.

Con el advenimiento de este don, la soledad humana se disipa. La experiencia humana ya no es experiencia de una potencia desoladora, sino de una conciencia y una capacidad enérgica, como indica el fuego que fue signo de la venida del Espíritu: *fortiter et suaviter*.

La oscuridad temerosa de la conciencia de los apóstoles se transforma en una lucidez animosa (véanse sus primeros encontronazos con las autoridades civiles y religiosas).

La existencia se llena de una inmensa certidumbre: «Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe»<sup>1</sup>.

Ellos ya no están solos, pues experimentan la promesa de Cristo: «No os dejaré huérfanos»<sup>2</sup>.

Verdaderamente el hombre ya no está solo, porque de ahora en adelante el grito más auténtico de la lucha de la existencia es el de san Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta»<sup>3</sup>. No es que el hombre pierda sus limitaciones y enfermedades – es que Otro acompaña al hombre «como gigante en su camino»<sup>4</sup>. Una nueva existencia se abre camino, y en la fuente de esta «nueva criatura» dentro de las frágiles venas humanas se inserta misteriosamente el ímpetu irresistible de la presencia de Dios. La fuerza del hombre reside en Otro, su certeza radica en Otro: la existencia es ahora un diálogo profundo, la soledad es abolida en la raíz misma de cada momento de la vida.

Existir es ser amados, definitivamente: «Él es fiel a Su amor»<sup>5</sup>; y abandonarse a este amor, definitivamente: «Para mí el vivir es Cristo»<sup>6</sup>.

La existencia humana es entonces una amistad inagotable y omnipotente.

<sup>1</sup> Cf. Jn 5,4.

<sup>2</sup> Cf. Jn 14,18.

<sup>3</sup> Cf. Flp 4,13.

<sup>4</sup> Cf. Sal 18,6.

<sup>5</sup> Cf. Lc 1,54.

<sup>6</sup> Cf. Flp 1,21.

\* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 85-87.